

QUINTA CONFERENCIA

EL HÉROE

por

Don Francisco de Paula Ferrer,

Bibliotecario de la Universidad de Zaragoza.

EL HÉROE

SUMARIO

Entusiasmo de algunos pensadores anglo-sajones por la obra de Baltasar Gracián: sus causas. — Nietzsche: el Super-Hombre y el elocuente comentario musical de Strauss. Gracián en sus especulaciones del Heroísmo: la antorcha católica. — Carlyle y su obra «Los Héroes»: examen de algunos rasgos de ella: la Individuación y la Categoría. — Triunfo de la Categoría en «El Héroe» de Gracián.

La noción de lo Heroico en Gracián. — Los atributos morales del Héroe. — Ensayo de un estudio de la obra. — La Reina y su corte: examen de algunas dotes o «primores» que adornan al Héroe. — 1.^{er} núcleo: La «Eminencia en aventajada prenda»—y ser el primero: evocación del adagio latino «Primi capientis». — 2.^o núcleo: La Fortuna en relación con los Héroes. — 3.^{er} núcleo: Las tres mayores Fuerzas sugestivas del Héroe (que aun no alcanzan el máximum de eficacia moral). — Y 4.^o núcleo: El núcleo cardinal del trabajo personal del Héroe (Primor último—que es el XX — «Fénix de las prendas de vn Héroe»). — Apología de la Virtud. — Corolario.



EXCMO. SR.:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Desenvolviendo nuestro concertado plan de lecturas de este autor, dábamos en la anterior conferencia algunas interpretaciones sobre varios temas de “El Discreto”, verificando la experiencia de algún ligero cotejo con fragmentos homólogos del “Oráculo”, este intenso memorándum gracianista. Decíamos que a estas lecturas debía seguir la de “El Héroe”. Y así lo hemos hecho: veamos la cosecha recogida. Descartando por exigencias metodológicas la consideración del común de las gentes, de la muchedumbre, necesaria para que no se descomponga el cuadro, y que vive en los vulgares empleos, no sólo existen los que se forman en el justo medio de la Discreción. No: existen, además, para gloria de Dios y salud del género humano, otros seres excepcionales, ordenados por la mano de la Divina Providencia a la realización de los heroicos destinos, seres que se granjean, abarcándolos en todas sus modalidades, la admiración o la odiosidad al rojo vivo: estos son los Héroes y las Heroínas.

Salen a veces de la masa anónima, algunos surgen en el seno del pueblo que no los presentía siguiera.—¿Qué es el Héroe en relación con el Pueblo? Para poder investigar esto, sería bien primero, tratar de conocer lo que es el Pueblo. Y a la verdad que es harto árduo y difícil comprenderlo y definirlo. Masa movediza y amorfa, ésta que llamamos pueblo: masa que pocas veces podrá reducir un Legislador Poeta a escultura viva y ordenada. El Pueblo es un desorden—ha dicho modernamente el gran lírico Carner. La sentencia, a primera vista, parece exacta; pero yo

no lo creo así: yo creo en el Pueblo, en las copiosas reservas de honradez y amor a la justicia del corazón del Pueblo. Pero lo que hay es que el Pueblo es como aquellas medicinas que hay que agitarlas antes de usarlas. El Pueblo, también hay que agitarlo antes de usarlo, esto es, de emplearlo para algo (de aquí la necesidad histórica de los agitadores—para ver las materias extrañas que lleva en suspensión, y filtrarlas). Y este inapreciable trabajo de higiene social, no se hace bien más que cuando lo hace un Héroe auténtico.

Pues, bien: este Héroe verdadero y legítimo es el que estudia Gracián. Acompañadme, si os place, y pensemos en este libro, el primero que su agudo intelecto forjó.—Pero, antes, y para apreciar con más precisa exactitud dónde está lo que de preferencia nos interesa de la obra primeriza del ingenio, vamos a colocarnos en un plano posterior a la época del autor belmontino, por modo análogo a lo que acontece cuando va a salir el sol, que según el punto en que está colocado el observador, se ven antes los reflejos, de las altas cumbres, que la luz directa derramarse en el llano.

* * *

Las ideas originalísimas de Baltasar Gracián acerca de la Heroicidad, y de su encarnación real, el Héroe, han tenido una resonancia universal, enorme. Infantil sería analizar esto. Fenómeno literario que se explica perfectísimamente. Gracián ha sido traducido muchas veces y a diversos idiomas extranjeros. Y Gracián (mientras manos ligeras y mal aconsejadas de lectores de nuestra patria, cogían el libro extranjero a ciegas, sin discernir el bueno del malo, abandonando la flor y nata de nuestras Letras), en lo más granado de los estudios, en los gabinetes de los castillos góticos o neo-clásicos, como en la casita de campo de planta risueña y burguesa, o en las bibliotecas de las ciudades amigas del estudioso lector, *nuestro Gracián dilecto*, era leído, releído, meditado, saboreado y ensalzado al fin. En toda Europa sucedía esto, ya antes del último tercio del siglo XVII; pero donde más se fijaron en los méritos de nuestro profundo prosista, fué en los países anglo-sajones, donde se lee con vocación más seria y decidida. Es muy comprensible el entusiasmo de Schopenhauer, que

lo refleja en “Parerga y Paralipómena”, y más aún, en su “Eudemonología” (1); pero no por razón de la simpatía o coincidencia en el pesimismo, como se ha dicho (lo cual no puede ser por la sencilla razón de que Gracián no es pesimista), sino por la elevación filosófica y cultural en todos los órdenes del Belmontino y por su profundidad indudablemente extraordinaria. Y por estas mismas causas, sintieron la misma sincera admiración que Schopenhauer, Addison, el célebre periodista de “The Spectator”, Postel, Borinski y otros muchos que pudieran citarse, porque constituyen una legión, y produjeron un ambiente favorable a una fase activa y de invasora penetración del pensamiento de Gracián en las altas especulaciones de las ciencias filosóficas en esos países. Y por cierto que esos entusiasmos, no siempre trajeron la inteligencia o la sana influencia que podía razonablemente esperarse. Las conclusiones a que llegaron algunos de esos pensadores de raza anglo-sajona—hoy, señora de la tierra—, aun habiendo podido asimilarse mucho de lo que más o menos directamente tuvieron ocasión de admirar en el gran filósofo español, fueron bien diferentes del espíritu que alentaba en éste, ya en orden a la forma, ya en orden a la propia esencia. Examinemos, para comprobarlo, algunos puntos sustantivos y característicos de Nietzsche y Carlyle, por ejemplo, pensadores que por su significación merecen el contraste con nuestro formidable polígrafo.

* * *

Empecemos por Nietzsche, fijándonos en lo que tiene más relieve en su producción filosófica: la teoría del *Uebermensch* o Super-Hombre, concepción la más sombríamente abstracta que se haya registrado jamás del héroe.

En su obra “Así habló Zarathustra” (2), Nietzsche expone lo que ha de ser para él la aspiración última del hombre, y presenta a su Héroe llegando a una plaza de la primera ciudad que encuentra a su paso, y en ella mucha gente en plan de fiesta que está viendo uno de esos gimnastas que pasan la cuerda. Zarathustra, que ha pasado mucho tiempo viviendo solo en los bosques, y

(1) «Ciencia de ser feliz».

(2) Also sprach Zarathustra.

construyendo todo un sistema filosófico, se encara con aquel divertido concurso, y, entre otras cosas, les dice: Yo os predico el Super-Hombre o Uebermensch. El Hombre es algo que ha de ser sobrepujado. ¿Qué habéis hecho vosotros para sobrepujarlo? Todos los seres han creado algo superior a ellos mismos; y vosotros queréis ser el reflejo de esta marea y retroceder hacia la bestia, en vez de superar al hombre. Escuchad: yo os predico el Super-Hombre [Ante esta enfática insistencia, nuestra congénita curiosidad latina se despliega, y preguntamos: Y bien, ¿qué es para el filósofo alemán el Super-Hombre?] El Super-Hombre es *el sentido de la Tierra*. Os conjuro, hermanos—añade—, a permanecer fieles a la Tierra. El Hombre es sólo una cuerda atada de la bestia al Super-Hombre.” Juzguemos sintiendo, todo lo serenamente que nos sea posible. Aquí, en algunos momentos la originalidad, en otros la belleza innegable de ciertas y determinadas actitudes de la audacia nietzscheana, aun subyugan e interesan a aquellos espíritus que aman demasiado la novedad literaria; más el desequilibrio y la extravagancia vencen lo que pueda haber de bello. La duda y el desesperado desaliento que hay en el fondo de esta copa de filósofo, al parecer tan atractiva, podemos comprobarlo aquí, como en la amoralidad de “Más allá del Bien y del Mal” y de “Humano, demasiado humano” y otras obras suyas. Y se comprueba de idéntica suerte en todas las obras artísticas inspiradas, calcadas o vaciadas en las teorías del malhadado Super-Hombre. Por ejemplo: acudamos a un arte tan expresivo como la Música: (ya os percatáis de que en el seno de la verdadera Filosofía caben todas las parcelas del Arte). Pues, bien: cuando Ricardo Strauss compuso sus poemas sinfónicos, creyó ver un buen asunto en esta obra de Nietzsche, y al lado de “Las travesuras de Till Eulenspiegel” (el curioso personaje alemán de la Edad Media), “Muerte y transfiguración”, “Don Quijote”, etc., trasladó al pentagrama su fantasía sobre “Así hablaba Zarathustra”. La crítica musical está acorde toda ella en apreciar que Strauss “quiere representar en su poema las diferentes etapas de la evolución seguida por un espíritu libre para llegar al “Uebermensch”. El punto de partida es el hombre deshaciéndose violentamente de la fe religiosa: se entrega después a los goces sensuales: el hastío de éstos le conduce al amor a la Ciencia [que es el camino inverso al del “Fausto” de Goethe: De la Ciencia, y el cansancio de la Ciencia, al Amor: Maldigo la

Ciencia, maldigo el Saber, es la reacción del Dr. Fausto]; y por fin, desengañado también de la Ciencia, el Uebermensch de Nietzsche, se abandona a la Risa y a la Danza, buscando en ellas, en lo temporal, la redención de sus dolores (nótese el paganismo de la solución).—Pero Zarathustra, lo que hace realmente es abismarse en un piélago caótico e incoherente de sensaciones, después del “Tanzlied” o Canto de la Danza. Esto lo descubre inmejorablemente la voz orquestal. La música de Strauss, más ingénua que la literatura sabia de Nietzsche, revela en aquel sombrío “Canto de la Noche” (que hiela hasta los tuétanos de los huesos), toda la indecisión y desesperación horrible de la abatida mente del pensador que maldijo el Cristianismo. Una cruel indeterminación tonal le sirve al músico para expresar ese estado, que es ya desventuradamente el vestíbulo de la demencia. He aquí la tragedia en que termina el gran duelo del inmenso poeta que se llamó Nietzsche con el enigma del Universo y la idea del Creador. Con verdadera fruición de consuelo paseaba su dolencia por las playas y villas de Niza, Cannes y Menton. Había dicho desde las tristes sombras de su panteísmo germánico: “Allá abajo sopla la tempestad de mi deseo”. Allí quería ir su alma, siempre inquieta. (También Wágner viene a morir a Venecia). Y si algún reposo halló, acá en esta vida terrena, el intelecto morbosamente atormentado de Nietzsche, fué en esa costa risueña, que a manos llenas derramó salud y consolación generosa a los que fueron allí para curarse de los estragos de la moderna vida, intensa y agotadora.

Y en cambio Gracián, a pesar de ser un espíritu grandemente inquieto también, en el mar de sus especulaciones e investigaciones acerca del Heroísmo y del Hombre superior, toma puerto y ancla a cualquier hora, no sólo con su gran lastre greco-romano, mejor aprendido que el de Nietzsche; sino por algo que pesa más que esto—y mejor que pesar, diremos que centra y comboya más que esto—, porque lleva continuamente ante sí la luz eterna del Evangelio, que ilumina como al mediodía cualquiera ruta de la Ciencia humana; y en sus ascensiones a las esferas más abstractas, tiene ya creída, conocida y admitida una completa jerarquía de seres, que no necesitan interpolar entre la Tierra y el Más allá los Super-Hombres y otras novedades que inspiraron a nuestro muy insigne zumbón Don Juan Valera uno de sus libros más donosos y ocurrentes.

Por no dar desmesuradas proporciones a esta parte de la con-

ferencia, no recogeremos el pensamiento de algunos autores, en cuyas producciones aletea el ave siniestra de las pesadillas de Nietzsche, y preferiremos “El Héroe” de Gracián, que es todo luz y fisiología, salud plena y normalidad del alma—venturosa, esta alma, de apoyarse en la maciza reciedumbre del Decálogo dictado por Jehová.

* * *

Y os invito a contrastar por análogo modo las ideas de otro libro de clamorosa resonancia filosófica: me refiero a la obra del crítico escocés Tomás Carlyle, “Los Héroe. El culto de lo heroico en la Historia”. Se trata de una serie de estudios, y nosotros vamos a recoger algunas ideas de ellos.

Nos ha interesado singularmente el que dedica al “héroe como poeta” (Dante, Shakespeare).—No me detendré a meditar el bosquejo de la “Era de Isabel con su Shakespeare como producto y flor de cuanto le precediera”; pero bien habré de señalar estos conceptos: “El primer don del poeta, como en el fondo el de los demás hombres, ES LA AGUDEZA DEL INTELECTO, la suficiencia de entendimiento”. ¿No os parece una bella coincidencia, si no más, con el autor que consagró una de sus mejores obras al estudio de la Agudeza, construyendo sobre ella una Preceptiva completa?—Subraya luego en Shakespeare “el grado de visión”, advirtiendo que éste constituye la medida de todo hombre; y sublimizando el por qué de esa maravillosa visión del autor de “Hamlet” y “Mácbeth”, hace este comentario: “Con todos sus secretos y verdades, la naturaleza permanecerá siempre para el malo, para el egoísta, para el cobarde y el pusilánime, un libro cerrado con cien candados”. Dice Carlyle que el Arte de Shakespeare no debe nada al artificio; procede de las profundidades de la naturaleza, y el alma del poeta lo alcanza, ese arte sin artificio, porque ella misma es también una voz de la naturaleza, esto es, el alma de Shakespeare era *una parte* de la Naturaleza.—Y en este tono va analizando la serena jovialidad del poeta inglés y otras de las prendas que lo enaltecieron: su amor a la risa, lo buen patriota, cómo no fué escéptico, y combate, y de manera muy afortunada y elocuente, aquella opinión de los ingleses que le comparaban “a un pájaro, que canta libre y caprichosamente en el árbol, sin participar de las angustias y dolores de los demás

hombres, sus hermanos". Pero nunca pasa de ser un trabajo de exagerado cuño individualista: es la marcha contraria a la de Gracián: en Gracián lo accesorio son los ejemplos personales: aquí, en Carlyle, las ideas giran alrededor del héroe de carne y hueso. Si penetra en las facultades psíquicas, viene la nebulosidad, y a veces, una verdadera confusión: no hay aquella precisión clásica de Gracián, aquella su regular proporción. Hay más orden en la obra de nuestro Gracián.—Sostiene Carlyle que Shakespeare fué más grande que Mahoma, porque *no se creyó* profeta de Dios, y más afortunado que el Dante, porque el vate británico puede pretender la supremacía sacerdotal del género humano por ilimitado período de tiempo. Para explicar esta atrevida concepción de Carlyle, hay que advertir que para él, el creador de "Otello" y "Las alegres comadres de Windsor" llevó dentro de sí "la magnificencia deslumbradora del profeta"—son palabras del escritor escocés—. A nosotros, esto, en verdad, nos parece un poco extravagante, y afirmamos la evidente superioridad de Baltasar Gracián sobre Carlyle, pues creemos que nunca hubiera aquél llegado a trasladar al papel consideraciones tales. Carlyle cae en errores tan crasos como el que denuncia un párrafo como éste: "Mientras vivió no se le tuvo por un dios como á Odín [el dios de la Mitología escandinava], y creed que éste es un punto sobre el cual habría mucho que hablar". ¿Qué extraño lenguaje es éste? ¿Es que pensaba Carlyle que Shakespeare era un dios? ¿Cuándo, nuestro aragonés Gracián hubiera acudido a este recurso en un trabajo que había de ir a la imprenta?—Algo extravagante es también la manera como pregunta al pueblo inglés: "¿Qué preferís abandonar, vuestro imperio de la India o vuestro Shakespeare?". Una causa tan simpática para todos los intelectuales del mundo, y que todos nosotros (tratándose de Cervantes o Gracián, por ejemplo) de seguro contestaríamos unánimemente, plantéala de modo arrebatado y violento, como Gracián no plantea nunca los grandes problemas que viven y alientan en algunas páginas de sus inmortales libros.

Algo más nos agrada en su lección acerca de Roberto Burns, "el campesino de Ayrshire" (siglo XVIII). En ella nos cautiva el retrato moral del lírico escocés: "Un hombre original de aquellos que desde los primeros momentos se plantan en las privilegiadas filas de lo heroico y excepcional. Brillaba en él noble y ruda sin-

ceridad, franca, doméstica, la genuína sencillez de la fuerza con sus rayos templados por el rocío de la compasión y la humanidad". Y la hermosa recordación de lo que fué el padre de Burns, aquel buen labrador contra el cual se estrella la Adversidad. Es Burns el lírico magníficamente sugeridor que "al llegar a una posada, por intempestiva que fuese la hora, huéspedes, dependientes, dueños y aun los mozos de cuadra, abandonaban el descanso para agolparse alrededor de aquel hombre extraordinario, sin otro objeto que el de oírle. ¡Sirvientes y mozos de cuadra eran hombres también, y encontraban en Burns un hombre!". Empero, bajo este tono seductor, siempre vemos al autor dejarse cautivar por la anécdota y concederle demasiada importancia al hecho de que el poeta verista fuese *aforador de cerveza*. La posición dominante es otra: téngase la profesión que se tenga, servirla con la mayor devoción y corrección, que poniendo amor, en todo hay dignidad y vida normal. — Por lo mismo, ve a través de lentes de aumento, la trascendencia de la visita que hizo Burns a Edimburgo; y yerra, en nuestra modesta opinión, cuando atribuye la ruina y la muerte del hombre de letras al hecho de que le rodease la más alta Sociedad de Escocia. La gente bien edimburguesa le estimó sinceramente, y quiso elevarle y honrarle; pero las cosas debían pasar de otro modo.

La invencible inclinación de Carlyle, a juzgar de esa suerte, obedece a que siempre domina en él, aquel individualismo de su raza, y esto le lleva a una individuación desmedida en sus tratados: no así Gracián, que estudia de preferencia los atributos predicables para formar la Categoría (así vimos en todas las obras que hemos examinado una Categoría victoriosa: la Humanidad, la Capacidad, etc.: siempre afirma categóricamente un atributo esencial: Carlyle es siempre más historiador, hasta cuando es más crítico: Gracián, más filósofo: porque, en realidad, Carlyle no admite la grandeza "sino traducida en hechos, en sentimientos, en una historia"; y si deja momentáneamente esta senda es para experimentar lamentables caídas, como cuando asevera que el grande hombre es una fuerza de la naturaleza que surge de inarticuladas profundidades: Gracián lo concibe muy otro, y no cae jamás en esas vaguedades.

Es, pues, evidente la victoria esplendorosa de la Categoría, de la Idea pura, en "El Héroe" de Gracián, porque hasta el ejemplo en él adquiere fuerza de símbolo, pero, aun así, siempre breve, diseminado, como estrellas de octava o novena magnitud, que hacen la corte de las de magnitud primera: sobre todo ello, se eleva la Categoría, la Idea, y el hecho menudo como el hecho más trascendente no harán en "El Héroe", que elogiamos, otra cosa que servir a la Idea representativa, a la Categoría. Así, en el Primor VI ("Eminencia en lo mejor"), escribe: "No es vno solo el que vale por muchos. Grande excelencia es vna intensa singularidad [pero contrapone este concepto, al cual presta el mayor relieve], CIFRAR TODA VNA CATEGORÍA, y equivalerla". La Individualidad, la Personalidad, no es el punto de término: el fin terminal, remoto o substancial es, para él, la Categoría. Y aun agrega, en refuerzo de su doctrina, en el Primor XVIII ("Emulación de Ideas"): "En todo empleo hay quien ocupa la primera clase, y la infama también. Son vnos, milagros de la excelencia; son otros, antípodas de milagros. Sepa el discreto graduarlos, Y PARA ESTO, TENGA BIEN REPASSADA LA CATEGORÍA DE LOS HÉROES, el catálogo de la fama".

* * *

Esto sentado, no sea ya el reflejo del sol que nace lo que alegre nuestro corazón. Sea el sol mismo, "resplandeciente y galán", como adjetivó Narciso Serra, lo que ilumine nuestro entendimiento y teja guirnaldas de oros matinales en todo nuestro ser. La noción de lo Heroico en Gracián es maciza y española: su concepto del Heroísmo puramente cristiano y universal: ese concepto que va ganando millones de almas: no en vano en tantos pueblos jóvenes estas ideas se van abriendo paso (no en vano en Norte-América ha habido un Cardenal Gibbons: no en vano va habiendo un mayor interés por la Teología católica en los países anglo-sajones, como nos decía el Dr. Galindo en su hermosa conferencia del día de Santo Tomás de Aquino en la Facultad de Ciencias). En esta fuerte posición Gracián, lo mismo ensalza los hechos (en "El Héroe", en "El Político", en "El Crítico", etc.) que los dichos, como en el Discurso XXX de su "Agudeza y Arte de ingenio" ("De los dichos heroicos"). "La profundidad y gran-

deza destes dichos es indicio de la del corazón”, y congratulándose tanto más cuanto más ingeniosos son, declara: “quando junta también la agudeza, merece doble la estimación”—lo que el Héroe dijo—. Más el intento deliberado y plausible de Baltasar Gracián al componer estas gallardas prosas, es edificar un monumento a los atributos morales del Héroe.

En esta obra los capítulos se denominan “Primores”, y son éstos en número de veinte, y de corta extensión. “El Héroe” y “El Discreto” son muy semejantes en la economía interior o estructuración de su materia.

Ocioso sería advertir que no todos esos “primores” encadenan igualmente el interés. Apenas entra el lector por las primeras páginas de esta obra, se notan las diferencias que la separan de las grandes creaciones del Belmontino: aquí estamos lejos de “El Criticón” y de “El Comulgatorio”: el autor no domina aún su estilo: ese estilo, que ha de caracterizarle después tan vigorosamente: está forjándolo en ardorosa lucha: *la fiebre de crear* le acompaña, y no reposa, porque alcance la victoria pequeña. Su horizonte se dora con las claridades prometedoras de las vísperas de los días solemnes; pero aun no estamos en esos días.

Antes de presentar el plan de estudio que creemos es más conveniente para el conocimiento de las esencias de este libro, no omitiremos aludir a pasajes tan hermosos como aquel que podría llamarse de “la cimitarra de Jacob Almanzor” (Primor IV); las consideraciones sobre la admiración, del Primor V; la analogía de figuras históricas respecto de “El Político”, trasunto, naturalmente, de las preferencias del escritor (Alejandro, Julio César, en la Antigüedad: Carlos Manuel de Saboya, Fernando el Católico, Luis XII de Francia, en la Edad Moderna); la alabanza al Conde de Fuentes, el del sitio de Cambray (“No hizo noviciado de fama, sino que el primer día professó inmortalidad”, Primor XVI, “Renovación de grandeza”); aquella inmortal definición de la Virtud: “VNA ELOQVENCIA TÁCITA DE PRENDAS” (del Primor XVII, “Toda prenda de afectación”), etc., etc..... Una tarde entera no nos bastaría para ir atesorando prodigios.....

Seamos ambiciosos con discreción, y probemos, a libar la miel de estas flores del Intelecto aragonés del XVII.....

Situemos por vía de ensayo nuestra lectura en *los cuatro grandes núcleos de “El Héroe”* que van a seguida:

1.º La “Eminencia en aventajada prenda”—y ser el pri-

mero: evocación del adagio latino “Primi capientis” (Primores VI y VII, principalmente).

2.º La Fortuna en relación con los Héroes. (Primores X y XI).

3.º Las Tres Mayores Fuerzas Sugestivas del Héroe (que aun no alcanzan el máximum de Eficacia moral).—(Primores XIII, XIV y XV); y

4.º El núcleo cardinal del trabajo personal del Héroe. (Primor último—que es el XX—. “Fénix de las prendas de vn Héroe”).

Establezcamos un pequeño sistema de reflexiones sobre este plan:

NÚCLEO PRIMERO

La “Eminencia en aventajada prenda”—y ser el primero: evocación del adagio latino “Primi capientis”. (Primores VI y VII).

¿Recordáis el segundo Realce de “El Discreto”? En este Primor VI de “El Héroe” aparece otro gran fragmento de la teoría del trabajo personal para lograr la perfección espiritual y prendas éticas que constituyen un elevado carácter. Hacia el final de esta producción, hallaremos la fuerza interior sustantiva de donde ha de cobrar vigor y efectiva energía toda acción heroica. “De las prendas—dice Gracián en este Primor VI—, vnas da el Cielo, otras libra à la industria [al esfuerzo personal], vna ni dos no bastan à realçar vn sujeto; quanto destituyó el Cielo de las naturales, supla la diligencia en las adquisitas. Aquellas son hijas del favor, éstas de la loable industria, y no suelen ser menos nobles”. Ahora, que se ha de procurar sobresalir en cosa muy señalada. “Quanto más calificado el empleo—añade—más gloriosa la plausibilidad”. La doctrina es clara. Pero se requiere el necesario complemento. Teniendo muy presente que “Gana en igualdad, el que ganó de mano”. Brillantísima por todo extremo es la actuación que se discierne al que, además, de ser aventajado en asunto de verdadera monta y calidad, se adelanta a los demás. Si es cierto que “Audaces Fortuna iuvat” no lo es menos que los objetos de mayor estimación se conceden al que supo conquistarlos primero. En tono de burla amarga podrá aducir el desengañado la expresión romana “Primi capientis”; pero cuerdo será

atenerse a ella, en lo primordial de cuanto atañe a la honra y provecho.

NÚCLEO SEGUNDO

La Fortuna en relación con los Héroe. (Primores X y XI).

En el Primor X y en el siguiente trata el Belmontino del factor suerte en la vida de los Héroe. No lo atribuye todo a ella; antes bien, fiel a su arraigada teoría del esfuerzo personal, da mayor importancia y relieve a dotes tales como la Capacidad, el Juicio, el Ingenio, el Gusto selecto, etc., etc.; pero, conocedor profundo de la vida, tampoco la descarta. ¡La loca Fortuna! ¿No recordáis las muchas veces que el Arte, singularmente la Pintura, la ha representado? La fantasía artística ha divagado aquí enormemente. Y esto no obstante, el autor de “El Criticón” y “El Comulgatorio”, el seguro dueño de una de las fantasías más poderosas que han existido en el mundo de las Bellas Letras, no vuela desalentadamente, no divaga, no se difunde ni dispersa: la enfoca y la fija, en dos rasgos, y “hablando à lo Católico”—nos dice—la define. Y con qué maravilloso acierto: “aquella gran madre de contingencias”, la nombra, “y gran hija de la suprema providencia, asistente siempre a sus causas, ya queriendo, ya permitiendo”. En las pocas palabras que acabo de transcribir, está verdaderamente la razón suficiente—en lo antiguo de la posición de Séneca, por ejemplo, ante “la próspera y la adversa fortuna”—de la actitud de todo cabal cristiano, al reafirmarse a diario —¡oh Heroísmo Humilde!—en la ventura lo mismo que en la desgracia, recibiendo las alegrías con moderación y las tristezas con resignación. Señala cómo el Héroe genuino tiene conciencia de su dicha. Pero también avisa, que el que haya probado de la veleidosa Deidad “agrios de madrastra”—¡dicción bien expresiva!—no debe obstinarse, le convendrá desistir, porque, dice Gracián de ella, y con razón, que “suele ser de plomo en el disfavor”.—Este primor, que termina estableciendo la doctrina de ser la Fortuna, mala o buena, contagiosa, se articula y debe explicarse en una misma lección, con el siguiente: “Que el Héroe sepa dexarse ganando con la Fortuna”.—Llevemos esta fórmula a nuestro modo actual de hablar. Pero hagamos esto, abarcando ante todo el contenido ideológico de este Primor o capítulo. Hay en él dos conceptos principales: el primero, puede condensarse

así: *Hay ocasiones en que el Héroe no necesita esforzarse: le basta con dejarse llevar de las circunstancias favorables que su Fortuna*—en lenguaje astrológico decían “su buena estrella”—*le depara*. Por esto dice Gracián: “Cómense mejor los buenos bocados de la suerte con el agridulce del azar”. (Aquí de aquel pasaje: “Estaba Abul Moro, hermano del Rey de Granada.....”). Pero interpretando el otro concepto de este capítulo, que es la aplicación del gran principio de la alternación o de discontinuidad a que es tan dado Gracián en varias de sus obras, *hallamos* (y es, por ventura, apoyada en la retirada de Carlos I a Yuste) esta sentencia: “Acierte el varón a serlo en esto, recójase al sagrado de vn honroso retiro, porque tan gloriosa es vna bella retirada, como vna gallarda acometida”.

En consecuencia, podemos traducir el concepto expresado en la proposición apuntada. (“Que el Héroe sepa dexarse ganando con la fortuna”) a nuestro lenguaje actual, y hallaremos su exacta equivalencia en la locución corriente: “Retirarse a tiempo”: el héroe completo es para Gracián el que sabe retirarse cuando aun no han sobrevenido los primeros reveses. “Es corsaria la Fortuna—escribe en uno de los momentos más felices en la composición de esta primera obra—“es corsaria la Fortuna, que espera à que carguen los baxeles [los bajeles, o navíos]: sea la contratreta [la maniobra eficazmente salvadora] anticiparse a tomar puerto”.

NÚCLEO TERCERO, o sea:

Las Tres Mayores Fuerzas Sugestivas del Héroe (que aun no alcanzan el máximo de Eficacia moral).—(Primores XIII, XIV y XV).

Prosiguiendo el examen de este peregrino libro, leemos el Primor XIII, que va encabezado con estas palabras que atesoran un mundo de éxitos: “Del despejo”. Este capítulo es uno de aquellos en que nuestro Gracián llega a un tono entusiasta. Define dicha cualidad en esta forma: “Consiste en vna cierta ayrosidad, en vna indecible gallardía, tanto en el dezir, como en el hazer, hasta en el discurrir”. Aunque no procede en esto Gracián con riguroso orden, lo sugiere (ese orden), porque divide propiamente las diversas jurisdicciones de esta prenda, fiel a su concepción general del *varón perfecto* a cuyo aleccionamiento va paulatinamente contribuyendo. No citaré otros conceptos, por no alargar

más esta conferencia; pero sí consignaré esta alusión a la enseñanza; es el Gracián profesor: “Hasta en la càthedra dà biçarría à la agudeza”—(el Despejo).

El Primor XIV trata “Del natural imperio”. Lo primero, nos da su carácter metafísico; después, compara a estos Héroes “del natural imperio” con el León al que, en la escala irracional, todos acatan por su valor; fustiga luego “la mentida gravedad”, calificándola de “quinta essencia de lo aborrecible”. El genio aragonés, veraz e independiente fulge y refulge aquí con resplandores inmortales.—Pero lo más bello, con la más alta de todas las bellezas, con la Belleza Moral, es el fundamento tan profundamente espiritual sobre el cual quiere el autor belmontense edificar el Imperio: “.....debe vn varón respetarse á sí mismo, y aun temerse.—En que se pierde a sí propio el miedo, dà licencia à los demàs, y con la permissión suya, facilita la agena”. Esta es una de las páginas de mayor elevación ética de Gracián.

“De la simpatía sublime” nos habla Gracián en el Primor XV. Lo primero que graba con su cálida pluma en este Primor es la cifra y compendio de todas la facultades y capacidades del alma heroica: “Prenda es de Héroes, tener simpatía con Héroes”.

Recordemos ahora las viejas estampas, las biografías fundamentales que han dignificado todos los hogares en que arde el divino amor por las Obras Buenas y la Vida Elevada; abramos las amarillentas ilustraciones (“El Semanario Pintoresco”, “El Museo de las Familias”, “La Ilustración Ibérica”, otras más añejas aún.....), y espiemos con larga complacencia a tantos como leen ansiosamente en las vidas de los héroes, en los rasgos de los santos y de los inventores..... Y después de recordarlos, unas veces en la paz de los días gozados en la retirada campiña, otras en la calle casi desierta en la tarde dominical, repitamos con Gracián, ahora más empapados de las intuiciones pasmosas de este gran maestro de sano humanismo: “Prenda es de Héroe, tener simpatía con Héroes”..... Si bien la considera “Vno de los prodigios sellados de la naturaleza”, misteriosa en sus causas, la define con poética exactitud como “vn parentesco de los coraçones”.

Ni la explica por el temperamento, ni por la astrología: Gracián no se rinde a estas convenciones. Distingue la Simpatía activa de la pasiva, e insiste mucho en que la Simpatía todo lo allana, haciendo ociosa la elocuencia e innecesario el favor.

Estas son las tres palancas en que cabalga imperialmente la

Sugestión y encadena a la Vulgaridad al pie de los Hombres representativos: el Despejo — el natural Imperio — la Simpatía sublime...

...Pero cualquiera de éstas, y las tres reunidas, quedan al fin obscurecidas y eclipsadas, y no alcanzan la plenitud de Eficacia, si no las anima lo más durable y hermoso que hay en el Alma humana: LA VIRTVD.

NUCLEO CUARTO

El núcleo cardinal del trabajo personal del Héroe.—(Primor último—que es el XX—, “Fénix de las prendas de vn Héroe”).

Dignaos oír algunos pensamientos de este Primor:

Las verdades trascendentales, que hemos de recoger en este capítulo de síntesis, son principalmente siete:

Primera: “Todo luzimiento deciede del padre de ellos” [o sea Dios].

Segunda: “Es la virtud hija de la luz auxiliante, y assí con herencia de esplendor”. [La luz auxiliante es la luz de la divina gracia, por la cual tenemos la intuición de la energía afirmativa de lo Moral. Todo lo Moral edifica].

Tercera: “Es la culpa vn monstruo, que abortó la ceguera, y assí heredada en obscuridad”. La antítesis o contradicción de la idea anterior. Aquí se define el carácter negativo de lo Inmoral. Todo lo Inmoral es destructor. Por esto es tan odioso.

Cuarta: “Todo Héroe participó tanto de felicidad, y de grandeza, quanto de virtud, porque corren paralelas desde el nacer al morir”. ¿Qué paganismo se podrá achacar al gloriosísimo escritor aragonés? ¿Quién no advierte la perfecta y harmónica adecuación de la dicha—de la ventura propiamente tal, no de sus pálidos sucedáneos—y la perfección moral, humilde y constante secuaz de la Fe viva?

Quinta: “No puede la grandeza fundarse en el pecado, que es nada, sino en Dios, que lo es todo”. El pensamiento es diáfano: la confesión explícita de un alma, toda en ardiente oblación ante su amoroso Creador: los caminos deslindados: el del Pecado, a un lado: el de la Virtud—el de la Privación, Dios mío, el del Sacrificio—a otro. Pero meridianamente estatuido, y proclamado con verbo hermosísimo.

Sexta: “Si la excelencia mortal es de codicia, la eterna sea de

ambición”. Otra divisoria hondamente acusada. La Codicia, con los ojos en el barro, en el oro. La Ambición, que, si es noble, es predicado de nuestra alma inmortal, con los ojos en la vida perdurable, en la que no se acabará nunca, nunca...

“Os homini sublime dedit coelumque tueri. Et erectus ad sidera tollere vultus.”

Séptima: “Ser Héroe del mundo, poco, o nada es; serlo del Cielo, es mucho, à cuyo gran Monarca sea la alabanza, sea la honra, y sea la gloria”. La radical distinción entre el que se atrae el aplauso mundanal y el que recibe la elección de la dulcísima sentencia favorable de la salvación eterna, se agiganta: reaparece el tono entusiasta y el broche de oro purísimo cierra el precioso libro: la sabiduría del escritor esclarecido, ya en su primera obra, se declara humilde sierva de la Ortodoxia más impecable: esa misma sabiduría, fecundada por la fantasía y la emoción del artista trascendental, nos ha de dar “El Criticón”, donde, en horizontes grandiosos, veremos, la misma diferenciación entre la Moralidad que afirma y la Inmoralidad que niega; el mismo paralelismo entre la Virtud y la Grandeza; la misma distinción entre el Goce y la Privación, entre el Pecado y la Virtud, entre la Codicia materialista y la Ambición de mejor vida; en una palabra, la Magna Elección, para decidirse entre “ser Héroe del mundo... [o] serlo del Cielo”, único dilema digno del entendimiento humano, único dualismo hecho a la medida de la Voluntad racional, que es la verdadera chispa del fuego del Cielo, que nos fué dada, sin que tuviéramos que ir a robarla como el Prometeo helénico.

Fuera ya descortés, si aun pretendiese tender nuevos cables de comparaciones y conexiones, con el final verdaderamente estupendo del “Oráculo”—cántico resonante a la Virtud—o con aquellos lugares de “El Criticón”, en “El Trono del mundo” o en “El Hierro de Hipocrinda” o en la misma “Isla de la Inmortalidad”... Debo concluir, y voy a concluir inmediatamente.

COROLARIO

¿Cómo dejarte, noble Maestro, cómo desertar de tu enseñanza? Si en la Virtud, que es la más eminente Categoría del mundo moral, cifrabas el Arte de ser eternamente venturoso, en la Virtud cifras también el complemento entrañable de la Heroicidad.

¿Y dónde tenemos la inefable dicha de decir esto? ¡Oh, aquí, en Zaragoza! Aquí, en nuestra bendita Zaragoza, donde los familiares de nuestro buen amor nos sonríen, esta lección de Heroísmo se sale del libro, y de los labios elocuentes de todo profesor, de la cátedra y del púlpito, y de todo lugar cerrado, por augusto que él sea: se fué cantando desde el templo a la calle, y fué sembrando, acaso-acaso, semilla de nuevos héroes, semilla de nuevos mártires... Observad con qué facilidad prende en nuestra alma popular el aliento purificador del himno religioso. Pueblo que así tan plenamente canta a su Dios, a su Virgen, a su constante acompañante el Ebro, a su independencia y a todos sus más íntimos quereres, este es pueblo en que se puede hablar en todos los tonos de sacrificio y de heroísmo. Por eso Gracián, colocado en el Tiempo entre el Mártir Cristiano (entre aquellos heroicos mártires que adoramos en la devoción hierática e imponente de la cripta de Santa Engracia y San Lamberto) y la Guerra de la Independencia, llevaba esto en lo más íntimo de su ser. Por eso, fué el asunto que más afanosamente solicitó su pluma juvenil.

La teoría de "El Héroe" no es aquí, en Zaragoza, no es aquí, en Aragón, una abstracción tan sólo... Hartos ejemplos la vivifican: Innumerables Mártires, falanges nutridas de patriotas, a las veces, ambos ideales en multiplicadora Cruz...; y si Goethe afirmaba ser tan seca toda teoría, como fecundo y frondoso es el Arbol de la Vida, no lo pudo decir—y no lo dijo—por teorías como ésta, que salen del Pueblo y vuelven al Pueblo, al cual, si hemos de hacerle amar la Belleza, la Verdad y el Bien, hemos de llamarlo a estas aulas universitarias, para que despierte su alma—embriagada de cine y de mitin—; para que vea que la Universidad acogerá, como hizo siempre, a los que quieren saber; que los hombres de Inteligencia, muchos de ellos nacidos en hogar modesto, sienten sus santos ideales, y un siglo y otro siglo le han labrado, constantemente, un pedestal a la Virtud; y que este camino, en que la Inteligencia va de la mano con la Virtud, como es el único que salva a los hombres, es el único que salva a los Pueblos.

HE DICHO.

